

El diván entre paréntesis

Posibilidades deconstructivas para pensar una clínica de lo social

Javier Agüero*
Gustavo Bustos**

*La deconstrucción del logocentrismo
no es un psicoanálisis de la filosofía*

Jacques Derrida,
LA ESCRITURA Y LA DIFERENCIA

RESUMEN

El presente artículo tiene por objetivo pensar una clínica de lo social en tanto estrategia de intervención social. La posibilidad de dicha estrategia se nos presentará, epistemológicamente, a partir de una continua asimetría entre psicoanálisis y deconstrucción. Desde semejante tensión, avanzaremos una estrategia alterna en relación a lo que podría interpretarse como una reconfiguración del fenómeno y práctica de intervención social-comunitaria. Psicoanálisis y deconstrucción, en consecuencia, son las lenguas convocadas para hacer frente a esta difícil tarea de pensar una clínica de lo social. Dos lenguas que, a pesar de su diferencia –o bien a propósito de esta– darán lugar a la *alianza de un límite con una posibilidad*. En esta dirección, si bien se reconoce que no hay traducción posible entre estas semánticas (psicoanálisis y deconstrucción), serán su conjugación y alteración arbitraria las que orientarán su potencial asociatividad.

Palabras clave

Deconstrucción • psicoanálisis • significante • clínica de lo social • intervención social-comunitaria

* Sociólogo Universidad Academia de Humanismo Cristiano; magister en Filosofía, mención Axiología y Filosofía Política Universidad de Chile. Docente Escuela de Sociología Universidad Academia de Humanismo Cristiano. E-mail: eaguero@academia.cl.

** Psicólogo Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Miembro Comité Editorial Revista *Actual Marx Intervenciones*. E-mail: gbustosg@actuelmarxint.cl. Los autores agradecen especialmente el aporte de Lorena Osorio C., quien contribuyó con rigurosa traducción al resumen de este artículo.

The divan (in brackets)

Deconstructive possibilities to think a clinic of the social

ABSTRACT

This article's objective is to think of a *clinic of the social* as a strategy for social intervention. The possibility for such a strategy will emerge, epistemologically, from the continuous asymmetry between psychoanalysis and deconstruction. Drawing from this tension, we will develop an alternate strategy regarding what might be interpreted as a reconfiguration of the phenomenon and practice of social - community intervention. Therefore, Psychoanalysis and Deconstruction are the idioms summoned here to engage into the difficult task of thinking of a clinic of the social. Two idioms that, in spite of their differences -or rather, because of them- will allow for the alliance between limit and possibility. In this regard, and although there is no possible translation between both of these semantics (psychoanalysis and deconstruction), it is their conjugation and arbitrary alteration that will orient their potential associativity.

Keywords

Deconstruction • psychoanalysis • signifier • clinic of the social • social-community intervention

Pensando una clínica de lo social

Abrirse a la posibilidad de un pensamiento clínico de lo social nos interpela a develar un espacio pluridimensional. Espacio donde acontecimiento y máquina interpretativa se vuelven indisolubles, mientras que, por otra parte, este espacio es un efecto de desmantelamiento de los límites de la clínica por lo social. Respecto del desarme de la clínica –en tanto transgresión y transfiguración de sus límites– es necesario señalar que esta no somete a lo social a una conversión semántica cuyo fin sea readecuar su sentido en categorías predefinidas, sino más bien es ella la tocada por lo social, permitiendo ya sea su incesante reestructuración o su descentramiento. Sin embargo, y a pesar de ello, es importante recalcar que la clínica psicoanalítica sólo es posible en la medida en que opera, precisamente, a partir de su propia conversión semántica; aunque, a diferencia de la psicología tradicional, dicha conversión no implicaría connotación moral alguna respecto de lo analizado y del analizante. Derrida, a propósito del psicoanálisis, señala que la conversión semántica es “aquella, que opera en el interior del sentido para hacer que éste aparezca y conservarlo [...]: la misma palabra, la de la lengua corriente, una vez entrecomillada [traducción discursiva por medio de las comillas fenomenológicas], designa el sentido intencional puesto en evidencia por la reducción fenomenológica”

(1997a:73). No obstante, Derrida agrega que, de modo inverso, la conversión semántica es aquello que condiciona la *fenomenalidad del sentido desde una instancia a-semántica*. En otras palabras, el sentido es preoriginario en tanto que el psicoanálisis es una máquina de traducción anasémica por homonimia (Freud 1993, Derrida 2001).

Otro espacio que se abre en esta ponderada alianza dice relación con la deconstrucción. Por su parte, la deconstrucción reconoce que la “des-significación psicoanalítica precede a la posibilidad misma de la colisión de los sentidos” (Derrida 1997a:74,) y, por tanto, que todo empalme –y traducción– de sentido sería infiel y a la vez experiencia del paso. “Pasar de la palabra placer en la lengua corriente al ‘placer’ del discurso fenomenológico y, seguidamente, al ‘Placer’ de la teoría psicoanalítica es proceder a unas traducciones insólitas” (Derrida 1997a:74). En consecuencia, la palabra placer en sus tres versiones no presenta una homonimia, puesto que la última –‘Placer’, en su versión psicoanalítica– excede al orden del sentido y la presencia; esto es lo que Derrida denominó como *des-significación psicoanalítica*. Ahora bien, a qué viene todo esto: develamiento de un espacio pluridimensional para pensar una clínica de lo social, requiere ante todo de una pragmática del descentramiento. Es, en consecuencia, la deconstrucción el acontecimiento que en el límite del psicoanálisis imposibilita una suerte lógica de cierre, frenando la captura del sentido en tanto lexis; descentra aquello que ha sido identificado, definido y situado. Esta lógica –si es que se nos permite hablar de lógica– ocurre al unísono, es decir, acontece al modo de un circuito de pliegue/despliegue/repliegue reflexivo. Lo que con la deconstrucción realizamos es aplicarle –críticamente– al corpus del psicoanálisis, la ley que constituye su objeto, esto es, la interpretación, analizando para ello las condiciones y consecuencias de dicha operación. No obstante: ¿para qué todo este movimiento si nuestro objetivo es pensar una clínica de lo social? Pues, en primer lugar, todo este movimiento tiene por propósito –tal y como se presenta en el circuito pulsional– impedir que la clínica de lo social se considere como una meta. Esto es su *aim* (Lacan 2000). En segundo lugar, nos interesa que este artículo se lea y se le considere dentro del orden de la invención. Finalmente, este aporético proceder que busca invocar y conjurar dos lenguas intraducibles la una por la otra, creemos, garantiza la *apertura infinita* de un pensamiento clínico de lo social. En virtud de ello, nuestro interés no es formular una teoría sino una estrategia.

La estrategia que quisiéramos desplegar aquí, por cierto, en ningún caso pretende sostenerse sobre la presencia de un significante amo; esto, porque compartimos con Derrida que cualquier significante amo impide y se contrapone a la noción de escritura. Nuestra estrategia, en efecto, se nos evidencia como el ensayar una escritura. Ensayar una escritura es justamente lo que para nosotros significa intervenir. En la filosofía derridiana, la escritura es una disposición permanente a la no impresión, a lo no textual, favoreciendo así el milagro eterno del acontecimiento por sobre las consideraciones formales del logos. Ahora bien, lo que nombramos como lógica del descentramiento, sólo adquiere relevancia si su despliegue acontece como una pragmática del descentramiento mismo,

es decir, al hacer indeconstructible la voz del fenómeno en sus múltiples posibilidades de habla y de acontecer. En este sentido, y para ir avanzando, lo que a nuestro intento de deconstrucción psicoanalítica de la intervención social-comunitaria le interesa, es movilizar desde la intervención la emergencia de una praxiología de lo sin construcción. Esta praxiología de lo sin construcción es la estrategia que nos permite desligarnos de las versiones y perspectivas tradicionales de la intervención. Desde la perspectiva tradicional, claramente el intervenir ha implicado el despliegue de un dispositivo categorial que trabaja desde una matriz rígida, positiva y estructurante al momento de identificar cuáles son las urgencias de aquello que se interviene.

Derrida sostiene que la deconstrucción de la metafísica y del psicoanálisis comienza precisamente en el momento en el que

todas las hipótesis están permitidas, sin fondo y hasta el infinito, acerca del sentido de un texto o las intenciones finales de un autor quien está tan representado como no representado por un personaje o un narrador, por una frase poética o de ficción que se separan de su supuesta fuente y permanecen así en secreto: cuando ni siquiera hay ya un sentido decidible de un secreto tras la superficie de una manifestación textual. (Derrida 1993:67-68)

Derrida afirma, en consecuencia, la imposibilidad de un significante amo por la no existencia de un antes y un después del texto; nosotros podríamos señalar que para una clínica de lo social no existe un adentro y un afuera del lazo social.

La cita de Derrida afirma la imposibilidad de un significante amo ya que no existe un antes y un después de la escritura, y nosotros podríamos señalar, además, que no existe un adentro y un afuera del lazo social. Esta particular estrategia es, entonces, la de un encadenamiento de cada singularidad respecto de su propia producción y generación de diferencias. Dicho con otras palabras, la estrategia de una clínica de lo social, tal y como aquí se postula, sólo puede advenir cuando encontramos “la diseminación como generación y proliferación de diferencias *ad infinitum* que impiden la clausura, la formalización, la taxonomía, la saturación del texto” (Vidarte 1998:136). En esta dirección es que la deconstrucción se opondría y enfrentaría al psicoanálisis, especialmente, al psicoanálisis lacaniano (de los *Escritos*), al no reconocer el significante amo como punto de partida para develar y juzgar, a partir de lo extratextual, la verdad de una interpretación analítica. Asumiendo esta fractura entre la lengua del psicoanálisis y de la deconstrucción, es que consideramos que una clínica de lo social, para ser tal, no puede ni debe descifrar la verdad de los fenómenos a partir de una ‘supuesta’ trayectoria protocolar del significante. Por el contrario, una clínica de lo social acontece únicamente cuando la imposibilidad de desciframiento de un secreto –readecuación de la verdad a través de un retorno a un lugar preestablecido (lugar de la falta)– posibilita un descentramiento del sentido. A diferencia de la clínica psicoanalítica, una clínica de lo social no tiene fin; la

interpretación psicoanalítica llega a su fin cuando el análisis alcanza el punto más simple e inanalizable de la cura; es decir, cuando se cree llegar a la indivisibilidad del significante (conciencia fonológica).

Desde lo que consideramos una clínica de lo social, esta no pretende situarse desde un afuera del lazo social. La lógica del descentramiento es, inevitablemente, la imposibilidad de juzgar, analizar e interpretar de un modo aséptico los textos que indeterminan lo social. Inversamente, se trata de ir con el desborde mismo del texto social y sumergirse en su diseminación e indecidibilidad. Lejos de apuntar, psicoanalíticamente a la indivisibilidad, la deconstrucción apuesta por la partición de toda exégesis hermenéutica. La clínica de lo social, en su sentido deconstructivo, es un ir siempre más allá de las consideraciones logocéntricas, esto es, desplegarse esquivo y oblicuamente a través del juego de las diferencias. De lo que se trata es de interesarse por lo intraducible; estimular un incesante juego de las diferencias entre deconstrucción y psicoanálisis que haga interminable cualquier análisis, por lo que resiste y resta, o bien, por el litigio y diferendo, que entre ellos está siendo cuando cada uno mueve sus encadenamientos discursivos. Creemos que esta es una buena manera de aventurarse y pensar una clínica de lo social. Otra aclaración por fuerza: nuestro título “El diván entre paréntesis”, no es una fórmula construida para criticar u oponerse a la clínica psicoanalítica; muy por el contrario, es una estrategia de lectura que nos fuerza a pensar y aprender lo que a partir de estas lenguas se nos presenta como *impugnación del sentido*, en el más allá del desciframiento y la interpretación. En Lacan se observa el acto de impugnación del sentido cuando este –Lacan– presenta en su clínica intervenciones tales como *los cortes, las puntuaciones y el juego con los equívocos homofónicos y gramaticales* (Lacan 2005, Braunstein 2001, Vidarte 2006).

La máquina psicoanalítica y lo no constituido

Pensar la impugnación del sentido se formula en tanto estrategia que *apuesta por la alteridad y el desajuste*. Paco Vidarte, en esta línea, establece que estos son *quizás* los únicos axiomas que permiten la reunión entre psicoanálisis y deconstrucción; aun más, cuando sabemos que la deconstrucción es la posibilidad de devenir del acontecimiento como indeconstructibilidad, es decir, aquello que escapa de todo axioma menos del *argé* de la *différance*. No obstante, producto de la apuesta por lo otro y de la imposibilidad fáctica de encapsular *lo real*, es que la impugnación del sentido hace posible lo imposible, dislocando así el o los sentidos para posibilitar la apertura hacia el porvenir. Es mermando la garantía de sentido absoluto que la posibilidad de lo imposible liga el porvenir con la alteridad. Alteridad, porvenir y acontecimiento, en consecuencia, son lo no previsible, lo inanticipable, aquello que acontece gracias a la *dilación desprendida de la différence* (Derrida 1977) y que ninguna máquina interpretativa puede reducir a su mínima expresión. No obstante, esto no quiere decir que para la constitución

de una clínica de lo social –estrategia de intervención social– debamos sustraernos de toda modalidad pragmática y realizativa. Muy por el contrario, las posibilidades de una clínica de lo social están en transfigurar, descentrar la pragmática misma desplegada por la máquina de interpretación/intervención. De este modo, lo imposible es lo posibilitado por un principio de disyunción que permite que en ambas lenguas advenga lo completamente ajeno al sentido. En términos lacanianos, estamos ante lo real, es decir, ante aquello que es lo *Otro del sentido* o *el sin sentido* (Deleuze 2005).

La máquina de interpretación/intervención es, en la dirección que se anuncia, lo que Paul de Man ha señalado como “la anamorfosis de una forma distanciada del sentido y capaz de asumir cualquier estructura, y perfectamente cruel en su incapacidad para modificar su propia estructura por razones no estructurales” (De Man 1990:332-333). Es decir, desde este trabajo, se entiende el psicoanálisis como una máquina que tiende radicalmente y teleológicamente hacia una formalidad y una mecánica, a pesar de las ilusiones estéticas de sus múltiples configuraciones topológicas. Sin embargo, la máquina psicoanalítica no es una máquina de confesión, como muchos han querido creer, sino que su real función es permitir el reconocimiento de la alteridad que hay en uno mismo y de este modo provocar desajustes en nuestras formas de pensar. Por su parte, la deconstrucción es la maquinación, la estrategia, que a partir de una máquina –de la ley repetitiva de un programa innegable– afirma denegando lo innegable (Derrida 2003). En virtud de esta conjunción es que la alteridad radical y el desajuste permiten a una clínica de lo social pensar la indisociabilidad de la máquina y el acontecimiento (el psicoanálisis y la deconstrucción), a saber, porque desde estas lenguas disímiles e inigualables surgen afirmaciones que designifican.

Pensar una clínica de lo social requiere entender el psicoanálisis como una máquina que apunta a la diferencia y a la deconstrucción como una maquinación (estrategia) de divisibilidad ad infinitum de las diferencias. De ahí que la máquina clínica en su análisis de lo social se ve imposibilitada de detenerse en su análisis: *no hay fin del análisis*, o bien, *no hay fin de la cura para lo social*. En otras palabras, la estrategia piensa y se piensa con tal de desenmascarar las verdades del centro.¹ Máquina y maquinación están para pensar una clínica de lo social en tanto piensan lo que sucede como la programación calculable de una repetición automática (Derrida 2003). Esto es lo que para nosotros significa un descentramiento pragmático.

¹ Actualmente, las voces políticas imperantes –fuerzas de la tra(d)ición– continúan buscando e instalando en el centro de sí la idea de universalidad. Tal concepción, en su afán logocéntrico, hace prevalecer la idea de centro como aquel lugar privilegiado de lo político, esto es, como lugar desde el cual se consuman acuerdos y consensos, concreción palpable de una universalidad que expulsa de su centro todo aquello que es signo de divergencia. No obstante, ante el despliegue técnico y despolitizador de la razón moderna (desarrollo pragmático del contrato social), la divergencia desestabiliza lo político al manifestarse a través de las voces políticas de lo marginado. La máquina psicoanalítica y el acontecimiento deconstructivo actúan a favor de la realización de cortes que abren bifurcaciones hacia el porvenir. Cfr. Reyes Mate (2002).

Interpretar e intervenir lo social a partir de una estrategia de descentramiento pragmático, implica abrirse camino entre las clausuras; es un constante reanudar el pensamiento y el acto de intervenir ante la singular inestabilidad del acontecimiento, de ahí que, siguiendo la *Lógica del sentido* de Gilles Deleuze, asumamos que el juego de las diferencias (divergencia) instala una máquina que articula entre sí diversos acontecimientos orientados al porvenir, puesto que “el centro ideal de convergencia está por naturaleza perpetuamente descentrado, sólo sirve para afirmar la divergencia” (Deleuze 1994:126). A través de estas palabras, Deleuze nos invita a descubrir en el acontecimiento (aquello que es y permite el *perpetuo descentramiento*) un verdadero pensamiento, esto es, una episteme que nunca es igual a sí misma y, lo más importante, que nunca determina ni se termina como resolución de un problema. En otras palabras, facilita una convergencia *desobrada*, imposibilitada de darse su cumplimiento. En la misma línea, el filósofo italiano Roberto Esposito señala que el advenimiento de lo descentrado es la posibilidad de que:

lo negativo (sea) liberado de la propia fijeza categorial, de cualquier acepción dualista-opositiva. La Alteridad no puede quedarse en simple negación [...] si quiere ser negación radical debe hacerse al mismo tiempo absoluta afirmación, negación afirmativa: [...] Es precisamente esta afirmación lo que está fuera del lenguaje del mundo, de su decir sin antinomias, de su lógica no-contradictoria. [...] [En] esta dialéctica [...] no se da superación, conciliación, Aufhebung: el sí no cancela el no y el no no cancela el sí, sino que lo implica. (Esposito 1996:117)

De este modo, la convergencia implica –y requiere– del juego de las diferencias en tanto es una permanente e inevitable divergencia respecto de sí y de lo otro; por ello la divergencia implica –y no cancela– la convergencia, es decir, se despliega al modo de una alteración semántica. Lo Otro del sentido y/o la alteridad radical permiten y fuerzan la multiplicación de las diferencias, las discontinuidades, los flujos, las máquinas, las rupturas, lo excluido, lo otro de la razón, el acontecimiento y la justicia.² Es a partir de estos pensamientos –puesto que cada uno de estos significantes remite a un pensamiento infinito, escapando así del tradicional efecto categorizante– que visualizamos la posibilidad de que una clínica de lo social emerja. Antes de continuar es importante recordar que lo que proponemos no es una teoría sino una estrategia.

Producir infinitos diferimientos, ese podría ser el axioma de una clínica de lo social. En términos deconstructivos, pensar una clínica de lo social nada tendrá que ver con permitir a lo social reconciliarse con su pasado (hacer síntesis), tampoco dice relación

² Los autores a los que estas nociones hacen referencia van desde Lévinas, Deleuze, Foucault, Lacan, Barthes, Lyotard, Nancy, Lacoue-Labarthe y Derrida, entre otros. Autores fundamentales, todos ellos, para avanzar propuestas donde se piense una clínica de lo social.

con facilitar el desciframiento de los jeroglíficos inconscientes, sino que ello tendrá que ver en la realidad con ligar el porvenir a los acontecimientos imprevisibles e inanticipables, esto es, entregarse a la *posibilidad de lo imposible*. De este modo, el psicoanálisis sería la máquina abocada a recordar y reelaborar la repetición, en tanto que la deconstrucción sería lo que torna posible el porvenir fuera de toda repetición. En *Papel máquina*, Derrida señala que “un acontecimiento no adviene más que si su irrupción interrumpe el curso de lo posible y, como lo imposible mismo, sorprende a toda previsibilidad” (Derrida 2003:33). En esta dirección, una clínica de lo social atañe a la deconstrucción del “*logofalocentrismo*” (Derrida 1967) y a la venida imposible de lo real no simbolizable o, como ya lo había dicho Paco Vidarte, a lo que es *inapropiable y resistente* a la vez.

El *querer-decir* y la indivisibilidad ética del significante

Es necesario, al momento de pensar una clínica –intervención– de lo social que revele en su pragmática su propia indeconstructibilidad, dar cuenta de lo que Derrida plantea respecto del *querer-decir*. Para orbitar en torno a esta noción, resulta imperativo considerar el análisis de Derrida en relación al pensamiento de Husserl, sobre todo al contenido en *Ideas I* (Husserl 1986). El filósofo francés sostiene que en este nivel la importancia debe ser adjudicada al lenguaje; a este y a lo que hemos entendido en relación a la composición formal de la intervención social en este caso. Entre ambas dimensiones –lenguaje/lo formal– existe un flujo, una circulación que parece estar regulada por la influencia de una exterioridad.

Según la lectura que Derrida hace de Husserl, el lenguaje, más allá de la arbitrariedad husserliana de no establecerlo como un dispositivo nombrado y claramente delimitado en su relevancia metafísica y fenomenológica, es un problema que se encuentra “circunscrito” (Derrida 2000) en su planteamiento, está ahí sin más. En esta línea, la posición que ocupa la expresividad lingüística es en relación directa al estrato del logos; en otras palabras, el lenguaje está en la base y en el despliegue del logos, facilitando su tránsito por las diferentes dimensiones de la experiencia humana, pero, por sobre todo, presente en la estructura más general de la experiencia. Esta estructura general deambula o se instala en el medio de dos dimensiones cognitivas o del pensamiento: la *noesis* y la *noema*. Por *noesis* podemos entender al acto inteligible del pensar, mientras que el *noema* se refiere al contenido objetivo del pensar. Entre ambas surge el estrato del logos, el cual sólo logra relevancia en el lenguaje que le va, en la expresión lingüística fundamental que permite su propia articulación. La consideración intermedia del logos que se instala entre la *noesis* y el *noema* implica fundamentalmente que es el lenguaje el que actúa como puente del logos hacia momentos de mayor formalidad social, cultural y, en este caso, psicoanalítica. No obstante, el estrato del logos, que se funda en este paralelismo lingüístico, tiene dos implicancias directas para lo que Derrida señala como el *querer-*

decir. La noesis define que el *querer-decir* está basado o anclado en algo que se escapa a esa real significación contenida en el acto voluntarioso de *querer-decir*, o sea, lo que se *quiere-decir* está fundado en algo completamente distinto de sí mismo; una suerte de contradicción performativa esencial que le quita al decir su potencial de sentido fijo para desestabilizarlo en un plano de confusión original. Por otra parte, y atendiendo a la idea de noema, el estrato del logos que se despliega en el lenguaje puede adquirir dimensiones concretamente delimitadas, es decir, contenidos objetivos del pensar que trasuntan en un significado lingüístico particular.

Las consecuencias de este análisis llevan a la formulación de una serie de inquietudes respecto de las implicancias del estrato lingüístico. Si lo que queremos describir a través del discurso no es en rigor lo que está contenido en el *querer-decir* y, por lo tanto, se instala una secuencia sin correlación lógica, la pregunta que surge es: ¿cómo la formalidad del *querer-decir*—en su condición de manifestación— ha sido tan central para la articulación del pensamiento occidental? Aventurándonos, es posible sostener que en Derrida aparece una angustia de base, la cual está caracterizada por el hecho de que el logocentrismo ha sido una dimensión que se habría sostenido, a sí misma, sobre los hombros de una falacia esencial, la que estaría definida por la (in) capacidad de un discurso logocéntrico que se sustrae de un *querer-decir* original, pasando a ser la estructuración de un discurso fundamentalmente contextual e histórico. Es importante señalar, en esta perspectiva, que el *querer-decir* no es una formación añadida a todo discurso con implicancias históricas, no es un “barniz adherido” (Derrida 1967:5), es fundamentalmente una *formación espiritual*—como lo señala Derrida— que se disemina en cada una de las intencionalidades discursivas y que las afecta permanentemente, en donde al mismo tiempo el estrato original del *querer-decir* se encuentra en alteración también constante.

Estos elementos puntualizan la problemática de enunciación de cada una de las proposiciones lógicas del lenguaje. Si la sola formalidad de un discurso, en tanto su enunciación contextual y empírica, es suficiente para la articulación del logocentrismo, es porque se habría obviado la metáfora original del *querer-decir*, en donde lo que se pone en juego es aquello que precisamente no se dice, pero que se despliega en cada una de las instancias performativas del lenguaje. La metáfora de la metáfora del estrato lingüístico que plantea Derrida sirve para cooptar en cierta medida el sentido de este análisis. El discurso se enreda en estas metáforas originales en las que el sentido de todo lo potencialmente dicho es disperso pero constitutivo del discurso mismo; lo discursivo se enreda en las metáforas de la potencia del *querer-decir*. Esto es lo que el logos habría olvidado en términos de su propia articulación como lenguaje de sentido.

Desde el análisis de Husserl que realiza Derrida—*Ideas I*—, lo que no es puramente lógico queda fuera del lenguaje. En esta línea, se sostiene que la reducción del estrato lingüístico a su particularidad solamente empírica excluye todo aquello que se circunscribe al lenguaje en términos de su ausencia constituyente. No obstante, es la misma metáfora del *querer-decir* lo que perturba esta condición; el lenguaje no es sólo su contenido, su

noema: es al mismo tiempo una dimensión ininteligible, ilegible en la constitución del discurso; es también aquello que circunda como fantasma en cada una de las argumentaciones lógicas y que propone la intuición de lo no constituido como un problema para el logocentrismo. Es en esta línea que los estratos del lenguaje se articulan como una suerte de totalidad inherente al lenguaje mismo. Tanto lo expresivo del lenguaje como lo no expresivo del mismo son dimensiones que se acentúan a propósito de su imbricación; constituyen ambos una trama de totalidad que termina por configurar el sentido y el sin sentido de lo que se dice discursivamente. Lo que se dice es una condición adherida a lo que no se dijo nunca, pero que está a la base de cualquier decir al mismo tiempo. Existe entonces una trama, una condicionante que hace que el lenguaje en tanto texto se desvirtualice por el accionar latente de ese estrato prelingüístico que se le asocia a lo dicho. Por lo tanto, y como lo señala Derrida “todo es significativo, los hilos no expresivos no carecen de significación” (Derrida 1967:7). Todo es significativo porque en cada una de las formalidades que el discurso adquiere se lee una huella, un trazo de ausencia que finalmente se imbrica al texto del lenguaje, perturbándolo y sustrayéndolo de su sola vocación logocéntrica. La ausencia de lo prefigurativo en términos de lenguaje invita a la consideración filosófica de que el lenguaje mismo se ofrece limítrofemente, algo falta para el cierre del círculo; mas, aquello ausente es, precisamente, la diferencia que no se deja atrapar.

El *querer-decir* desborda los límites de la expresión —o de lo expresivo—; sin embargo, el origen que le es atribuible como posibilidad del lenguaje en cuanto tal, sólo se revela en la esfera lingüística, la del expresar. Más allá de su esencialidad y de su relevancia tectónica para el decir del discurso, el *querer-decir* es un fantasma que sólo se deja ver en aquello que pretende anularlo, es decir, en el mismo lenguaje. Esta es la tarea de la fenomenología según Derrida: desenmascarar este terreno al parecer irreductible que es el silencio constituyente de lo que se dice como presencia dada. El tránsito hacia aquello que opera como significación general es el motivo de la fenomenología; de no lograrlo, la empresa de esta filosofía habrá fracasado.

Husserl, tanto en *Ideas I* como en *Las investigaciones lógicas*, habría propuesto una línea de análisis en la cual el lenguaje es asumido o entendido dejando fuera su dimensión sensible, su cara visible. Esto, particularmente, porque para Husserl —a juicio de Derrida— la expresión supone un *querer-decir* que se relaciona más con la voluntad que con la materialidad de lo que finalmente se dice. Más allá del cuerpo al cual se une la intención del decir, lo que importaría es la esencia de la intencionalidad propiamente tal, el misterio pre o ahistórico de lo que se intenciona y luego se encarna. Esta discusión respecto de la disociación de la intencionalidad de lo que se dice y no de lo que se dice propiamente, puede entenderse mejor si lo proponemos como la diferencia y potencial continuidad entre psicoanálisis y deconstrucción. La pregunta es ¿cómo se logra la unidad de ambas caras?, ¿cómo se estabiliza esta diferencia en una cultura que se refugia en la determinación de las cosas dichas y que asume que lo que no se dice no existe y no es constituyente del sentido en esta línea?

Ahora, el dilema que se instala en este análisis es, fundamentalmente, el de encontrar ese 'espacio' en donde se diferencia el estrato expresivo del preexpresivo; de ser así, cuáles son los rasgos distintivos de uno y de otro particularmente. Esta tarea implica, por cierto, la consideración previa de que ambos estratos son disposiciones que se influyen mutuamente, desplegándose en un plano de cooptación sistemática que abarca más allá de su sola diferenciación esencial –eidética. El planteamiento de Derrida en esta línea se explica como una propuesta de diferenciación, en términos de cercar la máquina interpretativa psicoanalítica en torno a cada uno de los estratos para poder establecer las diferencias. Así se estaría en condiciones de señalar qué es lo que se expresa en la materialidad de lo expresado, y, por otra parte, en cómo la expresión misma afecta al estrato prelingüístico desde su propia inmanencia de lenguaje y sentido.

Siguiendo a Husserl, el planteamiento derridiano sostendrá que el *querer-decir* no tiene dentro de sus facultades el expresar sentido desde su propia condición de estrato preexpresivo. En esta perspectiva, todo discurso tiene que sacar fuera el sentido condensado en el *querer-decir* no dicho. Lo expresivo, entonces, es una manifestación de sentido expresado que sólo encuentra su posibilidad de exterioridad en un *querer-decir* que por su misma composición esencial no puede salirse de sí mismo. Por lo tanto, lo que se expresa no es el *querer-decir*, mas deviene esencialmente de él. Como lo establece Derrida, "el discurso en su esencia es expresivo porque consiste en sacar fuera, en exteriorizar, un contenido de pensamiento interior" (Derrida 1967:8). No obstante, y en el entendido de que lo interior es un *querer-decir* indescifrable, las consideraciones atribuidas al sentido del discurso no expresarán nunca ese *querer-decir* interno que se objetiviza en el lenguaje manifestado, puesto que la aporía del lenguaje es, precisamente, que se dice lo que se dice sólo en un plano de desvirtualización esencial.

Con estos antecedentes, se puede establecer la primera característica del estrato expresivo, la cual dice relación con su condición de reproductividad e improductividad. El lenguaje expresado es una reproducción de un *querer-decir* original, mas, su propia manifestación objetiva lo hace consumirse en el momento mismo en que se ejecuta, por lo tanto, carece de productividad de sentido hacia el futuro. En otras palabras, la formalidad que adquiere el *querer-decir* –esto es, su conceptualidad inmanente– agota cualquier trascendencia en términos de sentidos forjados desde el lenguaje. Lo que se dice muere en ese mismo acto, adjudicándose la imposibilidad de ser un agente productivo de sentido; el lenguaje noemático que se expresa manifiesta en esta misma acción sus límites y su desaparición. La enunciación entonces no añade nada al sentido, por el contrario, corta el sentido que se desprendió del *querer-decir* y que se anula en la palabra viva. Si se insiste, la condición expresiva es una esterilidad que no crea ni transforma nada, sino que más bien cierra la diseminación del sentido que originalmente se extrajo del estrato prelingüístico. Sin embargo, como lo sostiene Derrida, la expresión es siempre y permanentemente inédita. El sentido que accede a la forma conceptual –perturbándose y aniquilándose– es una repetición de lo no dicho, por lo tanto, se funda

el espejismo de una novedad; precisamente, porque lo realmente inédito y original sólo logra su condensación en las palabras dichas o en el estrato expresivo. Esta es una suerte de contradicción que avala la totalidad del circuito de sentido. Si bien la expresión agota al sentido mismo, esta es relevante para la historia en la medida en que sólo se dispone desde un *querer-decir* no inmanente en donde el sentido sobra.

En esta dirección, el significante debe asumirse como una imposibilidad de sentido, ya que en la medida en que lo establece –al sentido– corta el circuito del *querer-decir* como la potencia y naturaleza del *fenómeno* intervenido en esta línea. El *querer-decir* es, eventualmente, la naturaleza indómita y profundamente incodificable del primer o último significante, el cual, en la medida en que burla la captura del lenguaje, deriva en una indeconstrucción inmanente y ética, la que permitirá liberar al sentido en tanto *querer-decir* original que lo funda.

Desde estas consideraciones extraídas de la filosofía de Jaques Derrida, estamos en condiciones de abrir una desgarradura arriesgada pero radicalmente ética en torno a una hipotética *clínica de lo social*. Habrá algo que el psicoanálisis no podrá superar nunca, esto es, la conciencia fonológica –noema– que lo transforma en criatura y padre del logos. Bajo esta ruta, entonces, se haría posible conjugar al psicoanálisis y a la deconstrucción en pos de articular una díada ética que reponga en el ejercicio mismo de la intervención social su propia indeconstructibilidad o su no finalización

Esta sería –rizomáticamente– una *clínica de lo social*. Es decir, superar la indivisibilidad del significante lacaniano en función de una deconstrucción imposible. Creemos que aquí es necesario insistir: la clínica de lo social es una desfundación permanente y reiterativa del último –o primer– significante, sólo así es condición de posibilidad para el porvenir; en otras palabras: la clínica de lo social es indeconstructible en tanto es exégesis deconstructiva de lo indeterminado.

Recibido abril 2009
Aceptado octubre 2009

Referencias bibliográficas

- Braunstein, N., 2001. *Por el camino de Freud*. México D.F.: Siglo XXI.
- De Man, P., 1990. *Alegorías de la lectura*. Barcelona: Lumen.
- Deleuze, G., 2005. *Lógica del sentido*. Miguel Morey, trad. Barcelona: Paidós.
- _____, 1999. *Repetición y diferencia*. Barcelona: Anagrama.
- Derrida, Jacques, 1967. “La forma y el querer-decir”, nota sobre la fenomenología del lenguaje”. Primera versión publicada en *Revue Internationale de Philosophie*, 1967, N° 81; en Derrida, J. *Márgenes de la filosofía*. Carmen González Marín, trad.
- _____, 1977. “Implicaciones”. Entrevista con Henri Ronse. M. Arranz, trad. *Posiciones*. Valencia: Pre-textos.
- _____, 1985. *La voz y el fenómeno*. Valencia: Pre-textos.

- _____, 1989. "Fuerza y significación". *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Antrophos.
- _____, 1993. *Passions*. Paris: Galilée.
- _____, 1997a. "Cómo no hablar. Y otros textos". Barcelona, proyecto a ediciones.
- _____, 1997b. *Fuerza de ley. El fundamento místico de la autoridad*. Madrid: Tecnos.
- _____, 2000. *Dar la muerte*. Barcelona: Paidós.
- _____, 2001. *La tarjeta postal, de Sócrates a Freud y más allá*. México D.F.: Siglo XXI.
- _____, 2003. *Papel máquina. La cinta de máquina de escribir y otras respuestas*. Madrid: Trotta.
- _____, 2005. *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Esposito, R., 1996. *Confines de lo político. Nueve pensamientos sobre política*. Madrid: Trotta.
- Freud, S., 1993. *Obras completas*. Tomo XVIII. *Más allá del principio de realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Husserl, E., 1986. *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. José Gaos, trad. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Lacan, J., 2000. *El Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales*. Buenos Aires: Paidós.
- _____, 2002. *Escritos*. México D.F.: Siglo XXI.
- Reyes Mate, M., 2002. "El margen de la política". *Daimón, Revista de Filosofía*, N° 27, 9-30. (Ejemplar dedicado a políticas para el siglo XXI.)
- Vidarte, P., 1998. "Sobre psicoanálisis y deconstrucción". *Daimón, Revista de Filosofía*, N° 16, 133-141.
- _____, 2006. "Derridalacan: contigüidades sintomáticas. Sobre el objeto pequeño j@cqes". Conferencia pronunciada en las V Jornadas Internacionales Nietzsche y I Jornadas Internacionales Derrida. Buenos Aires, 19 de octubre de 2006, Buenos Aires.